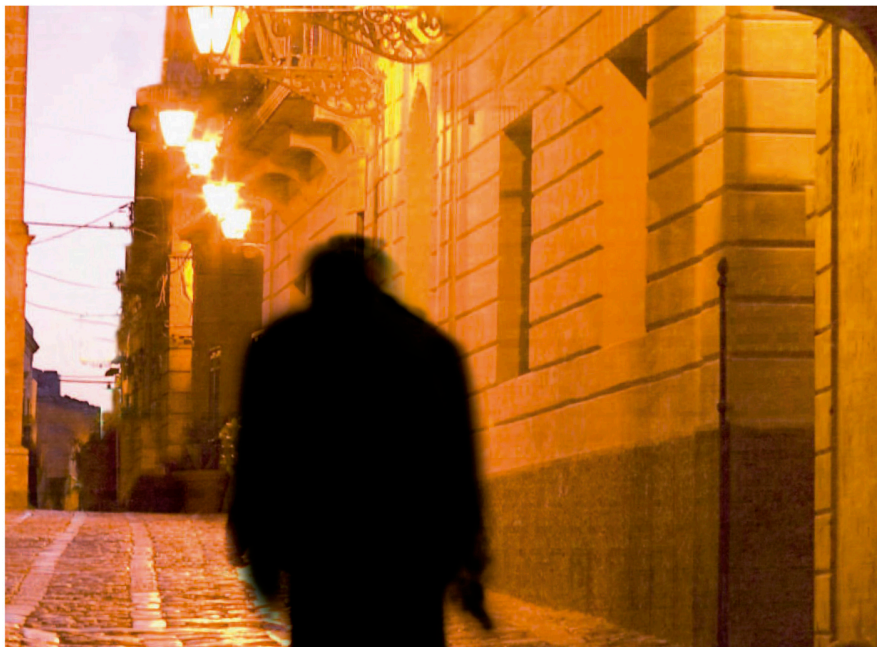




Luis Mateo Díez

El animal piadoso



LUIS MATEO DíEZ

El animal piadoso

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

I

El saco

I

Samuel Mol vio a Elicio Cedal sentado a los pies de la cama, en la Sala de la Enfermería del Asilo de las Hermanas Penitenciarias, la misma mañana en que acudió al funeral de la Hermana Oscila, que era la última superviviente y también la mayor de las monjas de Celama, fallecidas una tras otra en los últimos tres años, todas de la misma afección cardíaca.

Lo vio según cruzaba la Sala de la Enfermería, terminado el funeral y tras haber acompañado a su Despacho al Doctor Lombardo, que quería enseñarle las copias de los certificados de defunción de las monjas, emitidos por él y con la detallada casualidad de igual suspiro, que el Doctor enumeraba con cierta sorna y complacencia.

—Se me han muerto de lo mismo, puntualmente, en fila india, y cuando digo de igual suspiro me refiero al mismo asentimiento de sus muertes, con un ay sosegado y la sonrisa beatífica de quienes vislumbran la misma luz del más allá.

El Doctor insinuaba la sonrisa y se encogía de hombros abriendo las manos y separando los dedos, como si indicara que las vidas de las Hermanas se le habían ido entre ellos, sin apenas percatarse.

—Como usted también es de Celama, a lo mejor aprecia en la casualidad de sus muertes algún otro sentido. ¿Es que se les resiente el corazón de tal manera a

quienes se fueron del Territorio y jamás volvieron...? Ninguna de las Hermanas volvió, lo he comprobado. Dejaron Celama para marchar al noviciado y, al fin, después de muy variadas vicisitudes y destinos acabaron en el Asilo en sus últimos años por pura coincidencia. Las Penitenciarias son monjas de mucha brega, enferman pero no se jubilan. Ya ve usted lo que la Hermana Oscila llevaba a sus espaldas y sin rechistar: los ancianos más impedidos, los más enfermos, las cuentas, la lavandería, la administración...

—Yo tampoco he vuelto... —dijo Samuel Mol— y el corazón me funciona sin ninguna alerta. Celama se pierde como cualquier otra tierra y, además, con el aliciente de que, al perderla, se figura uno con facilidad que no existe. Las Hermanas jamás me hablaron de Celama, aunque es cierto que la amistad que a ellas me unió provenía de ser de allí. Ellas lo sabían y yo lo fui descubriendo, pero sin que nadie mencionara el Territorio. Las conocí hace siete u ocho años, poco antes de dejar el Cuerpo, con motivo del caso del Embaucador, todavía no atendía usted el Asilo.

—El caso lo recuerdo... —dijo el Doctor Lombardo, que no disimulaba el gusto de hablar con Samuel Mol, por quien sentía la misma curiosidad que admiración—. Fue muy comentado en Armenta.

—El Embaucador comprometió a las Hermanas, estuvo en el Asilo, hizo algunos de sus cambalaches escudado en ellas, aunque logramos que no se vieran perjudicadas, y ni siquiera transcendiese esa circunstancia, pero lo pasaron mal, francamente mal. En la propia Orden hubo alguna incompreensión. En aquellos días conocí a mis paisanas de Celama.

El Doctor Lombardo había retomado las copias de los certificados de defunción, que no parecían haber despertado especial interés en Samuel Mol, y reconocía la ocurrencia de mostrárselas para facilitar la ocasión de charlar un rato, observando al Comisario con la expectativa de que la charla se alargase.

—Bueno... —dijo, encogiéndose de hombros—. Los corazones se debilitan por causas tan variadas que, a veces, no hay una sola razón para justificar la dolencia. Me gustaba pensar en un contagio coronario derivado de la ausencia de Celama. El Territorio es muy literario, y las Hermanas parecían personajes de un cuento popular. Hadas Madrinas o Misioneras de la Misericordia. El Asilo, bien lo sabe usted, es un establecimiento ingrato, me refiero al trabajo y al cuidado, a lo que supone la miseria de la vejez y el abandono.

Samuel Mol ya se iba.

—Podía ser un caso precisamente de eso, de generosidad y misericordia... —dijo al levantarse—. Los corazones sintonizados en el mismo declive. Una muerte paralela, unas vidas repetidas. Un caso de beatitud y sacrificio.

—No estaría mal que también se investigaran esos asuntos ¿no le parece? No se trataría de encontrar culpables sino seres ejemplares rescatados de la soledad y el silencio.

—No les gustaría. La discreción, el silencio, el secreto, es la norma de esos comportamientos y trabajos. Usted lo sabe.

El Doctor Lombardo no hizo un gesto de despedida, lo hizo de requerimiento:

—Espero que podamos seguir hablando.

—¿No será usted también de Celama...? —inquirió entonces Samuel Mol, volviéndose.

—Del Castro Astur.

—Ése es un paraje más real. Los Valles tienen mayor consistencia que la Llanura. Puede estar bien seguro de que la Hermana Oscila jamás miró por la ventana con la esperanza de vislumbrar el Territorio. Su corazón no sufría el desgaste de la añoranza. A las Hermanas las fue matando la compasión, que es el sentimiento que llenaba sus vidas y del que sin duda abusaron...

Elicio Cedal vestía un pijama de una talla abusivamente mayor de la que le correspondía, lo que se compaginaba muy bien con el tamaño de los trajes que siempre usó. Tenía el pelo revuelto, las púas esparcidas de la barba acribillando el rostro macilento, y las manos reposadas en las rodillas.

Samuel Mol percibió el resorte de la alerta en el reconocimiento, una especie de incisión nerviosa, tan instantánea como incontrolada, que formaba parte de sus hábitos profesionales, cuando en la costumbre de las pesquisas la experiencia había asimilado cierta orientación en la observación y las percepciones.

No se detuvo.

La certeza de que se trataba de Elicio Cedal no suponía otra voluntad que la de corroborar el fortuito encuentro y, como poco, recordar el nombre y los rostros de algunos muertos antiguos que se relacionaban con él, concretamente los de Beda Covado y su esposo Melandro, un pobre desgraciado al que las segundas nupcias convirtieron, dos meses desde su celebración, en un cadáver desastroso y atónito.

A Samuel Mol apenas le quedaba en la Comisaría de Armenta, donde discurrieron sus últimos veinte años de servicio, un auténtico amigo, el Inspector Aníbal Lodaes, al que algunos percances laborales, el desarreglo familiar de su vida, y el carácter remilgado, además de la baja autoestima, le limitaban el horizonte profesional.

—Cuelgo el abrigo en la percha... —le decía a Mol, cariacontecido— y es algo más que la prenda. El ánimo, la entereza, la obligación. Con cualquier burocracia me entretengo, y si nadie llama de arriba, mejor que mejor. Cuando voy a descolgar el abrigo, no hay día que no me lo hayan cambiado de percha. El cuello se desgasta con el manoseo y el descuido...

—Siempre te dejaste ganar la partida... —comentaba Mol, que sabía que Aníbal Lodaes estaba predestinado a no levantar cabeza, entre otras razones porque no era capaz de hacerlo.

—Contigo de Comisario... —se excusaba— no podía pasarme de listo. La confianza no puede generar el abuso. Yo no soy, y tú bien lo sabes, de los que estrenan un abrigo cada temporada. La gabardina se me pasó de moda al año siguiente de comprarla, pero el abrigo es eterno, si el cuello aguanta los embates y en la tintorería son cuidadosos.

Samuel Mol salió del Asilo y durante un rato caminó sin rumbo bordeando la tapia que circundaba los patios y la huerta del antiguo edificio, como si la figura inmóvil de Elicio Cedal aprisionara la fijeza de su descubrimiento, sin otra revelación que su extrañeza y

recuerdo, aunque en los pasos incontrolados también fluyese durante unos instantes la sensación de que aquel hombre no se hubiera ido a ningún sitio, incumpliendo lo que en su día prometió.

El Asilo podía ser el mejor refugio, el más cercano y seguro, el más imprevisible y ajeno.

Cuando tomó conciencia de sus pasos, después de detenerse un instante y recostar la espalda en los recocidos ladrillos que alzaban la tapia como un paredón recortado, pensó que Aníbal Lodares podría servirle no ya para refrescar la memoria sino para aliviar el ánimo o, con más exactitud, para recomponer lo que en su espíritu se removía con el inusitado encuentro.

Lodares era el único amigo en la Comisaría, y en los últimos tiempos se veían poco, aunque Samuel Mol no había perdido ni un ápice de la paciencia con que volvía a escuchar lo que su amigo repetía con pocas variantes.

—Me la dejé ganar, no lo dudo. La partida y el pleito y también el cuarto a espadas en que se consumó mi matrimonio. Los hijos echados a perder y la úlcera trabajando a su aire. No es el alma la que sube a la superficie. Es el mal cuerpo lo que me queda de lo que llevo vivido. Cincuenta y siete años con las muescas de cada disgusto...

La mañana de Armenta tenía un relieve dorado.

El aire del otoño esparcía el fulgor de las hojas de los chopos en las riberas del Margo, un esplendor de partículas que se acumulaban sobre los edificios y hacia los horizontes, como si en las hojas reverberara el brillo de las pepitas de un río que en la antigüedad llevase en sus aguas el metal precioso.

Samuel Mol paseaba muchas mañanas siguiendo la costumbre de lo que había hecho en el decurso de sus años profesionales, aunque desde que abandonó el Cuerpo sus paseos no tenían el mismo cometido.

Las calles en las primeras horas, apenas iniciado el amanecer, despejaban su mirada y alimentaban el aliciente de su imaginación y de sus razonamientos, como si en la soledad de las mismas existiera un orden que se revelaba con el sosiego de un cierto contagio.

Siempre había sido un andarín empedernido, y en cualquier momento a lo largo de la jornada el afán de moverse reproducía la ansiedad de hacerlo, como si las piernas necesitaran aliviar la agitación, pero en los paseos matutinos era más habitual el sosiego y el pensamiento que incitaban sus argumentaciones, frecuentemente alrededor de una investigación o de cualquier asunto concomitante que necesitase ser evaluado.

—La luz viene al principio... —decía con frecuencia, en alguna de las reuniones de trabajo con sus subordinados, cuando en algún caso comenzaban a corroborarse las sospechas, y sin que ellos entendieran muy bien a lo que se refería—. La primera bombilla que se enciende o la farola que se apaga porque amanece.

—Has hecho de una manía una costumbre provechosa... —le decía su amigo el Profesor Eliseo Viñuela, cuando comentaban inclinaciones y gustos personales, siempre con la misma confianza y comprensión—. La claridad de las primeras horas y sus posibilidades reales y mentales. La calle de la que todavía nadie se apropió. Sin embargo, las pocas ideas que yo logro pillar son siempre nocturnas y, acaso por esa misma razón, oscuras. Soy un dormilón, no podría acompañarte...

La Comisaría de la Reserva estaba en la Plaza del mismo nombre, la primera que se proyectó en el Plan del Ensanche de Armenta, una plaza de esbelta geometría con el Monolito de las Cortes en el centro.

Hasta llegar al Monolito y hacer una pausa para terminar de cruzar la plaza y dirigirse a la Comisaría, donde el policía de guardia avisaría al Inspector Loda-res, Samuel Mol alargó el paseo y recuperó el esfuerzo de sus mañanas profesionales, la memoria en la luz indecisa, lo que el pensamiento hubiera destilado en alguna de ellas, cuando Elicio Cedal podía ser un recóndito sospechoso en las muertes de Beda Covado y su esposo Melandro.

3

Desde la esquina de siempre, en el límite de la barra del Café Boreal, observó Mol la entrada de su amigo Aníbal Loda-res, y en los pasos del Inspector, antes de que su mano alcanzara la suya con el saludo desmayado y un temblor en los párpados, adivinó el incidente que amargaba su ánimo.

—Ahora los hijos le ganan la partida a la madre... —dijo Aníbal, haciendo un gesto con la mano para rechazar la consumición que todavía nadie le había ofrecido al otro lado de la barra, y con la misma determinación se palpaba el estómago—. La úlcera es el efecto, no el resultado. Me lleva sangrando hace dos días, y ellos son la causa. Ahora los hijos toman la delantera, la madre ya no necesita correr...

El temblor de los párpados presagiaba la inclemencia familiar, que en la contabilidad que Mol lle-

vaba de su amigo, tras haber escuchado las infinitas confidencias que Aníbal engarzaba en cualquier momento y volvía a retomar sin previo aviso, indicaba la mayor preocupación. Todos los avatares familiares coincidían en los sucesivos fiascos que Aníbal asumía como las mayores derrotas que la vida le hubiera infligido.

—No me lo cuentes que ya lo sé... —le dijo Mol—. Da la misma angustia mirarte que oírte, pero no te desanimes más de lo debido, los hijos forman parte de casi todas las úlceras.

El temblor se diluyó y Aníbal se cruzó de brazos.

—Perdona, ya sabes que no tengo con quién hablar. Desde que dejaste el Cuerpo, además de separado soy huérfano. Hay días en que una palabra vale su peso en oro. Pagaría la mitad del sueldo por que me escucharan como tú lo hiciste.

—Todavía me debes esa liquidación.

Aníbal asentía desanimado.

—Dejaste un hueco. A tu despacho sigo sin entrar. Menos mal que el Comisario Oviedo decidió subir a la primera planta. El tuyo se usa de Archivo, hacía falta más espacio.

Samuel Mol había pedido un café solo y Aníbal reclamó un vaso de agua.

—¿A que no sabes de dónde vengo...?

—De uno de tus paseos, está buena la mañana. Esa manía puede mantenerte en forma, era como la herramienta del trabajo. Yo haría lo mismo: andar, echarme a la calle, pero como alma en pena.

—Fui al Asilo, al funeral de una de mis paisanas de Celama, la Hermana Oscila, la última que quedaba.

—Me acuerdo de ella. Fue la que mayor disgusto se llevó cuando le echamos el guante al Embaucador. Un hombre tan rubio no puede ser tan malo, decía la buena mujer. Está teñido, le aseguró el Inspector Cadmo, y la pobre se deshacía en lágrimas. Uno de los dos ladrones, el Bueno o el Malo, era rubio, y Cristo al perdonarlo no reparó en que estuviese teñido.

Samuel bebía el café. Aníbal simulaba una sonrisa que parecía una mueca en el recuerdo de la monja muerta, que cuando detuvieron al Embaucador había ido más de una vez a interesarse por él a la Comisaría.

—Rubio teñido, es verdad... —dijo Mol—. Un frasquito de tintura en la Pensión Colominas. La pista más boba. De todas formas, la Hermana estaba alterada porque en la Capilla del Asilo había dos o tres imágenes con el pelo de ese color.

—También Devina es rubia... —musitó entonces Aníbal, que jugaba con el vaso de agua entre las manos—. Una hija así, que no tiene el pelo ni de su madre ni de su padre. Como si la hubieran suplantado en la familia. La hija que nos llegó por culpa de Ogino.

—Es una chica preciosa.

—Yo la padezco como padre, y me cuesta más apreciar la belleza, cuando lo que sobresale es la inquina. Ella y su hermano, ya te digo, le ganan la partida a la madre, últimamente van más lejos a la hora de repasar las cuentas.

Mol volvió a percibir el temblor en el párpado de su amigo, fue una trepidación fugaz.

—¿Sabes quién estaba en la Enfermería del Asilo...?

—Cualquiera de los que la edad todavía no logró matar. Yo también estaré allí algún día.

—Elicio Cedal.

Aníbal asintió con la cabeza, como si el nombre se acomodara a la vicisitud de aquellos a los que no podría augurar mejor destino.

—El último día que lo vi salir de tu despacho, cuando ya estábamos convencidos de que aquel caso no tenía solución, al menos de modo razonable, supe que ése era el mejor establecimiento para él. Cedal no era un viejo prematuro, era un anciano al que la edad le había estallado como un petardo.

4

Desde el hallazgo de los cadáveres de Beda Covado y su esposo Melandro, en el piso familiar de la calle Azumbre, hasta aquella ocasión en que Aníbal Loda-res vio salir por última vez del despacho del Comisario Mol a Elicio Cedal, cuando la investigación avanzaba el desánimo y el Juez Moreda juraba que ya no quería saber nada de nada, habían transcurrido veintidós meses.

—Un anciano con los hombros hundidos y la cabeza virada en igual hundimiento... —dijo Samuel Mol—. Todo lo que acumuló en aquellos meses lo fue metiendo en un saco que cargaba a la espalda. En aquella última ocasión, intenté por última vez que pusiera encima de la mesa lo que había dentro del saco.

—Ya no era el mejor camino, te lo aseguro... —indicó Loda-res, que seguía haciendo bailar el vaso de agua en la mano—. El viejo recovecoso era un anciano vencido. Fueron muchos meses de dar vueltas y revueltas, se había mareado. Con Elicio ya no quedaba nada que

hacer y en las investigaciones, hay que reconocerlo, no habíamos sacado nada en limpio. No apareció nadie más, ni la menor sospecha, una cara nueva.

Samuel Mol asintió con la complacencia de quien recuerda el orden previsible de lo sucedido, ese final inconcluso en que el trabajo no daba ningún fruto y que iba a diluirse desde el desánimo que también promocionaba una irremediable falta de interés.

El conducto de la inoperante investigación era sin remedio ese aparcamiento de un expediente archivado que no respondía con exactitud a lo que pudiera ser un caso cerrado, ya que no estaba resuelto, pero sí a la opción de una expectativa en la indolencia.

Algo podría suceder en algún momento, alguna vía que abriese lo que quedaba abandonado. La conciencia del fracaso solía paliarse en esas ocasiones con la certeza del cansancio, y muchas veces la idea del callejón sin salida era la mejor coartada para dejar de seguir dando vueltas, no convenía perderse en los carriles trillados, el convoy no llevaba a ningún sitio.

—Era un mal asunto... —dijo Aníbal—. De los peores que recuerdo. Y lo era porque tenía los elementos más espectaculares y perniciosos, como un caso de película. Un suceso así no sólo pone a la ciudad patas arriba, le interesa a toda la prensa del país. Parecía una novela.

—Eso duró un tiempo, lo que suena tanto es lo que más se olvida.

Aníbal hizo un gesto de escepticismo que parecía derivado del propio cansancio laboral en que se sumergieron aquellos meses a los que se estaban refiriendo, y que él parecía tener muy en cuenta.

—De suyo se olvidó así, sin previo aviso, cuando no aparecía la mínima novedad y todos estábamos hartos. Ahora, catorce años después, ya ves lo que queda: ese pobre desgraciado al que acabas de descubrir en el Asilo. Supongo que del nieto, que ya casi ni me acuerdo de cómo se llamaba, nada se sabe. Nada se necesita saber. Otro pobre desgraciado.

—Galo.

—Pobre chaval. Le mataron a la madre, le mataron al padrastro, le echaron a perder la vida porque las circunstancias de todo aquello es imposible que las haya olvidado. Yo me quejo de lo que tengo en casa, pero ni punto de comparación. Los hijos corren, Samuel, me tengo que espabilar si no quiero que me coman la merienda.

—Crecen sin resignarse, no les interesa dejar de serlo... —dijo Mol sin mucha conciencia de sus palabras, como si se las arrastraran las de Aníbal.

—Es una religión, lo aseguraba tu amigo Viñuela en un artículo. La religión de los hijos, la fe exagerada que les tenemos. Un altar para profesarla. Y eso que los míos merecerían mejor la bicoca de la orfandad. Así me gustaría verlos: huérfanos. Y viuda a la madre.

Samuel Mol percibió el gesto sibilino de Aníbal, el regusto con que buceaba ahora en la inclemencia familiar, que habitualmente le resultaba tan pesadosa.

—La condición de huérfanos y viuda presupone tu viaje al otro barrio. Hace falta como tarjeta de crédito una esquila.

—No me importaría, te lo juro. La idea de no tener que aguantarlos es la misma que la de la inopia o el limbo. Un lugar sin paisaje ni descendencia. Nadie llama, nadie te requiere ni te recrimina.

En la barra del Café Boreal hubo un movimiento de clientes que parecían cambiar de turno. Las voces de los que llegaban resonaban en el eco de las de los que se iban.

—No sé si Elicio Cedal en vez de marcharse de Armenta tras aquellos meses se escondió en cualquier sitio, la pretensión era desaparecer...

—Te dijo que se iba.

—Fue una recomendación y hasta lo prometió.

—Nunca le contaste a nadie lo que llevaba en el saco, lo que puso encima de la mesa en aquella última ocasión.

5

De la Comisaría al número diecisiete de la calle Azumbre podía acercarse Samuel Mol, con el ritmo de su paso sosegado, en poco más de media hora.

Despidió a Lodares a la puerta del Café Boreal y cruzó la Plaza de la Reserva sin haber decidido mentalmente que ése era su rumbo, aunque la imagen de la calle determinaba una atracción menos inconsciente de lo que en seguida supo.

Catorce años atrás lo había hecho en menos de media hora, apresurando el paso cuando el Juez lo había requerido o en las repetidas ocasiones en que cualquier novedad suscitaba otra inspección, aunque el piso familiar en que habían aparecido los cadáveres de Beda Covado y su esposo Melandro había sido exhaustivamente examinado en los primeros días.

—Esto es lo que tiene un asunto tan característico...
—le dijo el Juez Moreda guiñando el ojo, cuando se en-

contraron en el piso dispuestos a compartir las primeras impresiones, y sin que el Juez intentara disimular la satisfacción de enfrentarse a un caso tan aparatoso—. El piso cerrado, casi nada. La llave echada. Aquí no se mueve ni una mosca. Hay que andar con pies de plomo, y no lo digo en sentido figurado.

Media hora larga yendo por las estribaciones del Barrio de Ciento, evitando las costanillas, asomando al Parque de Movilización sin entrar en él, para tomar la Avenida Concejo o sus adyacentes, lo que en la expansión del suroeste de Armenta iba conformando la ciudad nueva, el urbanismo de mayor aprecio y la demanda más cara en el mercado inmobiliario.

—Fíjese usted qué curiosidad... —decía el Juez, que había tomado del brazo al Comisario, con la vehemencia que desbordaba la contención, como si en las inmediatas actuaciones necesitase apurar el procedimiento—. Esto no sucede todos los días, aquí hay algo más que gato encerrado, y no considere livianas mis observaciones, no me tome el número cambiado, tengo más entusiasmo que veleidad, estoy asombrado...

No era ya, desde hacía mucho tiempo, un camino que Mol frecuentase. Su vivienda estaba en la parte Norte, por encima del Barrio de Ciento, al otro lado de lo que constituía la Ciudadela.

Los paseos matutinos que perpetuaban su costumbre viraban y se repetían por los alrededores de su entorno, también hacia las riberas del Margo, no sólo cuando hacía buen tiempo, también entre las nieblas invernales

que el río supuraba como el humo helado de una hoguera de cristal.

A Mol no le importaba la humedad, y en la ruta ribereña le agradaba perderse con el mismo aliciente con que en otros momentos buscaba la soledad para congelar el ánimo, cuando se le juntaban excesivas reclamaciones en la conciencia y, como decía su amigo el Profesor Viñuela, el espíritu empezaba a corroerse, ya que el alma está hecha de un metal al que se adhieren con excesiva facilidad los remordimientos.

—No vayamos a fantasear... —remató aquella mañana el Juez Moreda, cuando el Comisario lo acompañó a la puerta del piso, casi sin poder disimular las prisas por quitárselo de encima—. El que vino y lo hizo, abrió y cerró, lo que implica que tenía llave. Ellos estaban dormidos. No quiero hacer cábalas, pero le juro que con un asunto de este porte se me pone la cabeza como un bombo. ¿O habían cerrado por dentro y echado la llave...? No hay que fantasear pero, entre usted y yo y antes de que la investigación empiece a dar algún resultado, no me diga que no es un asunto de postín. Uno está cansado de levantar cadáveres en la vía del tren y de meter mano a cuatro carteristas y tres robaperas...

Diseño: Winfried Bährle

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)/
Galaxia Gutenberg

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona

www.circulo.es

www.galaxiagutenberg

1 3 5 7 9 9 0 1 0 8 6 4 2

© Luis Mateo Díez, 2009

© Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2009

Depósito legal: B. 31872-2009

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L., Barcelona

Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica

N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts

Barcelona, 2009. Impreso en España

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-3695-8

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-827-3

N.º 35121